

ta que hizo juntar Cárlos XII cerca de Varsovia, fue depuesto. 7

1704 ESTANISLAO *Loczinski*, palatino de Posnania, fue elegido rey bajo la asignacion del Rey de Suecia para las Dietas de los confederados: subió al trono por eleccion de los grandes del reino: el año 1709 tuvo que abandonarlo. 5

1709 FEDERICO *Augusto* volvió al trono protegido del Moscovita, despues de vencido el Sueco, con quien se habia confederado Estanislao, que huyó á Turquía, y de allí á Francia. 24

1733 FEDERICO *Augusto* III tomó las riendas del Gobierno por su padre, se negó á admitir la diadema imperial, dejando á sus iguales un raro ejemplo de virtud, constancia y desinterés en todas sus situaciones. 31

1764 ESTANISLAO II *Augusto*, reinante, conde de *Poniatowski*, subió al trono por una eleccion completa, y con las ideas mas altas de dar nuevo semblante al reino; y sin embargo de que en el espacio de cuatro años continuos quisieron turbárselo todo cinco potencias protestantes, interesadas en las nuevas pretensiones de los *disidentes*¹, no lo consiguieron. Solo lograron (en la Dieta general de 11 de noviembre de 1768, á la que asistieron católicos y protestantes para ventilar sus diferencias), que los *disidentes*, á lo mas, se conservasen en sus derechos y privilegios antiguos: triunfo debido á la cristiandad invencible de la nacion polonesa.

¹ Así son llamados en Polonia todos los cristianos que no son de la comunión romana.

DISCURSO PRELIMINAR

SOBRE EL POEMA

EL FELIZ INDEPENDIENTE.

POR

ANTONIO DE LAS NIEVES,

presbítero y profesor régio de retórica y poética en Peñafiel.

Nada hay mas frecuente cuando sale á luz alguna obra con novedad, que atormentar á los profesores de la materia á que pertenece, para que manifiesten el juicio crítico que han formado de su mérito. El de esta obra es bien notorio: ya se ve en España la novena edicion; y de Bruselas he leído una carta del P. Juan Chevalier, del Oratorio, uno de los literatos críticos mas rígidos que hoy conoce Portugal, en la que hace á esta obra los mayores elogios que se pueden desear. Yo que por mi profesion debo exponer á mis discípulos sus primores, para que ellos y todos cuantos quieran saber mi juicio crítico conozcan mi modo de pensar, he trabajado este discurso que divido en dos partes.

PARTE I.

REFLEXIONES SOBRE LOS PRINCIPIOS EN QUE SE DEBE FUNDAR EL JUICIO CRÍTICO DE LA POESÍA ÉPICA.

§ I.— *De las reglas del poema épico.*

El eclipse que nos oculta la naturaleza, si me es lícito usar la frase de los filósofos, siempre es continuo, aunque no total; de suerte, que de siglo en siglo nos va ella dejando ver algunas partes nuevas de su disco* inmenso, cuanto basta para que no se extinga en los hombres la esperanza de saber mejor, y la constancia en estudiar. La *verdad* y la *belleza*, aunque entre sí inseparables, son con todo dos aspectos

diferentes en que contemplamos á la naturaleza ; el uno es objeto de la *filosofía*, el otro de la *literatura*.

En una y otra facultad han acontecido varias y raras revoluciones de siglo en siglo, mas con suerte desigual ; pues en el dia vemos en la filosofía el conocimiento de la *verdad*, por la mayor parte mas decisivo, cuando aun fluctuemos en la idea de la *belleza* que se busca en las piezas de literatura. El descubrir la causa de esta diferencia no es difícil. Porque, en efecto, hallamos hoy á la *elocuencia* y á la *poesía* casi en el mismo estado en que estaba la filosofía antiguamente ; quiero decir, llenas de mucha oscuridad, de mucha incertidumbre, llenas de inutilidades, de sutilezas vanas, de yerros y dificultades ; y en fin, las hallamos esclavas de las preocupaciones de la *imitacion servil*, tiranizadas del capricho, de la variedad y del gusto incierto de los artistas : como siempre acostumbra suceder que el gusto solo dirige al ingenio, en vez que el ingenio debiera dirigir y arreglar el gusto.

Por eso no es de admirar que así como la filosofía antigua retardaba al entendimiento en el conocimiento de la *verdad*, que así hoy el estudio de las letras humanas detenga al ingenio en el conocimiento y produccion de sus *bellezas*. Á la crítica, pues, juiciosa pertenece ordenar los principios de estas artes, y reducir las á la simplicidad de la *naturaleza primorosa*, de donde se tomaron sus primeros elementos, y fijar con seguridad sus justos límites. De esta suerte las máximas de la elocuencia y de la poesía bien determinadas, en lugar de constreñir al ingenio, ó de precipitarlo en un laberinto intrincadísimo de arbitrios y conjeturas ciegas, lo conducirían por el rumbo cierto y seguro de la *imitacion de la naturaleza*, y entonces veríamos verificado por la experiencia, tocante á la poesía, lo mismo que dijo de la retórica Ciceron, y despues san Agustin, á saber : que quien no la aprendía en poco tiempo, nunca la aprendía ¹.

Mas, hablando solamente de la poética, todavía la tenemos en estos tiempos, tal cual la dejaron los maestros antiguos en sus escritos. Aristóteles y sus sucesores buscaron sus *reglas* en Homero y otros poetas de aquellos tiempos, apoyándolas mas en el ejemplo que en la sólida razon. Jerónimo Vida, Membrum, Escaligero, Gravina y otros muchos escribieron tambien despues sus *reglas* sobre el poema épico ; *reglas* por la mayor parte tradicionales, y tales que mas sirven para imitar á Virgilio, que para componer bien un poema épico. ¿Qué dirémos del tratado famoso que escribió el P. Bossu ? Es-

¹ Cic., lib. III *De Orat.*, n. 87, 88, 89; August., lib. IV *De Doctr. christ.*

te varon doctísimo fue en esta parte de la poética un descubridor, como antes lo habia sido Descartes en la filosofía. Uno y otro sistema merecieron por algun tiempo los aplausos que suele producir la ilusion de la novedad ; cesó la ilusion, se buscó el sistema de Descartes en la naturaleza, y no se pudo encontrar, porque no existia sino en la cabeza del filósofo, como la república de Platon.

Lo mismo, con poca diferencia, sucedió al sistema del poema épico que escribió Bossu : en vano se buscaron en la *Iliada* y *Odisea* de Homero sus reglas de epopeya, ó por mejor decir, las conjeturas del *Filólogo* * francés ; pues por mas que los críticos cansaron sus cabezas, nunca les fue posible conciliar Homero con Homero. Lo que solamente consiguieron fue, que siendo estos dos poemas partos del mismo ingenio, eran, sin embargo, de naturaleza diferente, y que cada uno debia tener particular definicion, y reglas particulares : de lo que concluian (á mi parecer con razon) que Homero observó á la *naturaleza*, y con genio productor y libre la representó felizmente en estas dos producciones ; y que Bossu, preocupado del espíritu de sistema, observó las producciones de Homero, y no á la naturaleza, y por eso pensó ver en los poemas de Homero, lo que efectivamente no habia ni jamás lo pensó el poeta. No fue menor la dificultad de los que intentaron acomodar al sistema nuevo la Eneida del poeta latino, pues que en él se halla juntamente reunido el plan de la *Iliada* y de la *Odisea*.

Ahora nosotros ¿qué debemos inferir de esto ? sino que estos escritores han dicho en esta materia muchas cosas, y que con todo aun no dijeron todo lo que era esencial. Inferimos tambien que erraron é hicieron errar á sus sectarios en pensar que en las *reglas* del arte se podia incluir todo lo que es obra del *ingenio y buen gusto* natural ; ó que este podia ser precisado á trabajar por arte. Inferimos igualmente que se engañaron muchas veces con los modelos que tenian delante de los ojos, y por eso llenaron las artes de *reglas* y observaciones falsas, de lo que ordinariamente resultan á los alumnos de la elocuencia y de la poética tres inconvenientes que es supérfluo referirlos, por ser tan manifiestos ¹. Finalmente, acomodando á esta materia un pensamiento del autor del *Feliz independiente*, inferimos que *la multitud de autores que han escrito y cada dia escriben preceptos de poesía, prueba que alguna cosa les falta aun, que se desea conseguir* ².

¹ Véase á Quintiliano en las *Inst. Orat. L. S. proem.*

² El autor habla del método de la geometría en sus cartas *fisico-matemá-*

§ II. — De la crítica vulgar de la poesía épica.

Pues si la multitud de los preceptos, si su inutilidad es impedimento, como habemos dicho, para fijar la idea de lo que es bello sólidamente en la poesía épica, por necesaria consecuencia lo debe ser tambien la crítica vulgar.

Hablo ahora solamente de la crítica de los eruditos, y no intento envolver con esta una cierta crítica maligna y práctica, cual es la de aquellos autores miserables que, como dice el sábio Racine, hechos salteadores en la carretera de la literatura, andan siempre esperando la ocasion de que salga á luz alguna obra nueva que sea feliz para embestirla, «y no por envidia, continúa este varon docto, porque «¿qué fundamento tendrían tales críticos para ser envidiosos, sino «por la esperanza de que el autor de la obra tenga el trabajo de res- «ponderles, y sacarlos así de la oscuridad en que los dejarían sus «obras toda su vida?» Lo bueno que hay es que en este lazo no se dejan caer fácilmente los hombres de esfera superior, porque estos conocen bien que verdaderamente es una especie de vileza responder á estas críticas malévolas. No lo ignora esto, sin duda, el Padre Almeida, pues en su *Feliz independiente*, lib. IV, núm. 4, hace decir á Enrique Dandol, que *los hombres de buen juicio disputan con razones, las mujeres con palabras, y los rapaces con mofas*. Ya hace tiempo que en otra obra que publicó el mismo Padre, hizo bien manifiesta su indiferencia con relacion á semejantes críticas. Dejemos, pues, ventilar á sangre fria si el *Feliz* es un poema ó un romance: todos saben que ya en Francia hubo semejante debate cuando salió al público el *Telémaco*. Hirvieron luego las críticas, pero no dejaron de repetirse las impresiones de la obra. Las críticas nadie en el día las lee, y toda la Europa lee con estimacion la obra criticada, y jamás hubo produccion de ingenio que tuviese, ni mas aplauso, ni mas universal aceptacion ¹.

Ni tampoco pretendemos confundir con aquella crítica vulgar, la crítica sedentaria de ciertos espíritus filosóficos, que casados con las ideas, de donde viene el pensamiento que acordamos á nuestro propósito. (Tom. I, cart. prelim.)

¹ Varias críticas se hicieron al *Telémaco*: primera con el título: *Critique générale des Aventures de Télémaque*, por Mr. Guendeville: segunda del abate Faydit con el título: *Télémaque-manie*, etc. Mas estas y otras varias que se hicieron, los sábios de aquella nacion las juzgaron manías de cabezas destempladas. *Aun ha sido mas feliz en esta parte que el Telémaco el P. Teodoro de Almeida por su incomparable mérito.*

abstracciones, y armados de desden para todo lo que no es de nota filosófica, parece que apagaron en sí toda la sensibilidad para con las bellezas de la poesía: á la semejanza de aquel severo matemático, que acabando de oír representar en la tragedia de Racine una escena admirable del delirio de Fedra, preguntó friamente: *¿Y qué prueba eso?* Tal hubo que aun discurrió mayor paradoja, escribiendo que no hay *belleza poética*, y que á falta de ella se inventaron aquellas palabras grandes *lauro fatal, bello astro*, etc. ¹, y que esto es lo que se llama *belleza poética*. Por cierto que no será fácil encontrarse en la república literaria muchos de estos infieles á las Musas.

Pero baste ya de digresion. Reflexionemos despacio sobre la crítica erudita, que es, como dijimos, la otra causa que tanto retarda al ingenio de la produccion, como en el conocimiento de las bellezas.

Desde que se acabó la noche oscura de la ignorancia, comenzó la aurora de la literatura por la erudicion, y para su exámen se recurrió al estudio de los escritores antiguos. Sus producciones al pronto causaron admiracion en los observadores; mas la admiracion, no conociendo los límites racionales á que debia reducirse, pasó á una veneracion supersticiosa. Y de aquí nació todo el sistema de imitacion y de crítica fundado en este discurso falsísimo: *Homero y Virgilio nos abrieron este camino: luego debemos seguirlo: luego cualquier otro es errado.*

Despues, segun las observaciones que cada uno hacia en la eleccion de los autores, se iban estableciendo ciertas reglas, que con el tiempo se redujeron á un cuerpo formado de varias colecciones reunidas, como fue la Poética de Aristóteles. Cada cual, habiendo estudiado el sistema de composicion en cualquier género de obra, se imaginaba que por sus nociones y principios calculados podia ejecutar todo lo que los excelentes autores habian producido por ingenio en sus obras originales, y que seguramente tenían caudal para juzgar del mérito de cualquier obra. Desde aquí se empezó á formar otra preocupacion ó fundamento erróneo para la crítica de cualquier composicion nueva, diciendo: *tal poema está ejecutado conforme á las reglas de Aristóteles: luego es excelente; ó tambien otro tal faltó á las reglas de la Poética: luego no es bueno.*

Supuesto esto, ¿qué habia de hacer un poeta portugués, español, francés, etc., para que su obra mereciese votós favorables en el tribunal de la crítica? ¿qué? sino ir á consultar á Aristóteles para saber dirigir su poema, de manera que no discrepase un punto de la

¹ Así escribió Mr. Pascal en su opúsculo intitulado: *Pensées*.

Ilíada ú Odisea de Homero, ó de la Eneida de Virgilio. ¿Qué haría un observador que leyese á un Camoens, un Tasso, un Milton, ú otro insigne poeta de los modernos, para saber qué idea debían hacer de sus obras? Necesariamente habia de sacrificar su ingenio, ó su gusto, ó sus luces á los arbitrios del docto Escalígero, del docto Bossu, ya que estos *legisladores* de la literatura, como bien reflexiona un filósofo moderno, escribieron *volúmenes y volúmenes sobre unas pocas líneas, que produjo la imaginacion de los poetas por juguete.*

No es necesario emplear grandes períodos para persuadir cuánto han de impedir los progresos del ingenio y de las buenas letras estas preocupaciones, y esta esclavitud de las *reglas de la imitacion servil*, y de esta crítica de erudicion. Mas de un ejemplar lo ha confirmado ya en toda Europa. En Francia lo demostró evidentemente el suceso del célebre poema de la *Pucelle de Orleans* de Chapelain. Apareció este poema, cuya fábrica costaría veinte años de trabajo. Concurrieron los *críticos de erudicion* á examinarlo; y con efecto tuvieron la satisfaccion de encontrarle muy ajustado á todas las reglas del arte: examínale los críticos de *ingenio y de gusto*, y tambien convinieron en que nada le faltaba, sino el *interesarse y agradar*. Y de esta suerte, un poema el mas regular que se vió, vino á servir de rubor al arte y á la crítica, en lugar de autorizarlas.

§ III. — *De la crítica juiciosa y única que conduce al progreso de las bellas artes, y á la perfeccion de las obras de ingenio, principalmente en la poesia épica.*

Es verdad que en el tribunal de la crítica es en donde se debe decidir del mérito de los escritores, y de las producciones de su talento. Pero ¿quién hay que no se juzgue juez competente en este tribunal? ¿Quién no piensa tener bastante derecho para tener voto, y decidir cualesquiera controversias de literatura, despues que se halla admitido á los misterios de las *bellas artes*? ¿Cuántos jueces intrusos con celeridad y sin ingenio sentencian intrépidos en este tribunal, de cuyo voto con razon se debiera apelar? ¿Mas á dónde? Ciertamente al *tribunal de la crítica juiciosa*, la cual indubitablemente debe excluir toda preocupacion; debe despreciar el tono orgulloso de los falsos legisladores; debe no conocer otras leyes, sino las de la naturaleza y de la razon, y hacer justicia seca, recta é invariable en gloria de los escritores, y del mérito digno de inmortalidad. Conviene, pues, para conocer y apreciar cuanto es justo esta crítica, que notemos sus

caractéres, y que expendamos brevemente sus leyes mas principales é incontrastables máximas.

LEY I.

La crítica sólida y juiciosa debe discernir lo que es esencial á la poesia y lo que es arbitrario de los poetas.

Lo esencial de la poesia solamente está ó consiste en las *leyes fundamentales dimanadas por la naturaleza, aprobadas por la razon en que todos los pueblos convienen, y en todo tiempo.*

Son libres y arbitrarios al poeta los auxilios de la imaginacion que se diversifican, segun las costumbres de la nacion, segun el siglo, y segun el genio del poeta. Mas lo *esencial* de la poesia es constante é invariable. Lo arbitrario tiene mil diversísimas opiniones, y ninguna regla general; por tanto, sin lo esencial ningun poema puede ser loable ni libre de censura; pero teniendo lo esencial, de cualquier suerte que se altere convenientemente lo arbitrario, siempre el poema podrá hacer honor á la poesia, al poeta y á la nacion; y siempre será interesante y deleitable á la sociedad. Luego no será preciso que un poema esté vestido á la griega ó á la latina; con tal que tenga un cuerpo bien formado y regular, será un *bello poema*.

Esto supuesto, será cuestion de nombre disputar si el *Feliz independiente* es un romance ó poema épico. Baste referir la docta sentencia que dió el célebre Addisson, con respecto al Paraíso perdido de Milton. *Si haceis escrupulo, decia, de dar el titulo de poema épico al Paraíso perdido de Milton, llamadle, si quereis, un poema divino, ó dadle el nombre que quisiereis, con tal que confeseis que esta es una obra tan admirable como la Eneida*¹.

Sea la *accion única*, para que por grados, sin fatiga ocupe la imaginacion: sea *adornada y diferenciada con episodios*^{*}, que sean como miembros de un cuerpo robusto y proporcionado para agradar á todos los hombres: sea *interesante*, para que él enredado de la imaginacion se comunique al corazon, y la mueva: sea *entera*, para que satisfaga la expectacion del lector. Y ved aquí las reglas elementales y principales que la naturaleza ha dictado uniformemente á todas las naciones políticas.

Que la accion sea simple ó compuesta, que se acabe en un mes ó en un año, que la escena esté fija en un lugar, como se ve en la *Ilíada*, ó que el héroe navegue de mar en mar, como en la *Odisea*, que

¹ Remarq. d'Addisson sur le Parad., discours. I.

sea feliz ó infeliz, furioso como *Aquiles*, ó pio como *Eneas*, que sea una sola la persona principal, ó sean muchas, que la accion se ejecute sobre la tierra ó en el mar, ó en la costa de África, como la *Lusiada* de Camoens, ó en la América, como la *Araucana* de Ercilla, que se haga en el cielo, en el infierno, ó fuera de los límites de nuestro mundo, como en el *Paraíso* de Milton; todo esto es indiferente á la esencia de la poesía: de suerte, que nunca un poema dejará de ser *épico* ó *heróico* por cualquiera de estas ó semejantes diferencias, mientras no se invente un título especial, proporcionado á la naturaleza particular de cada uno.

LEY II.

Es frívola toda admiracion de los escritores antiguos, cuando llega por un cierto exceso á supersticion.

Es verdad que los antiguos son nuestros maestros y nuestros modelos: sí, ellos son apreciables; pero no lo son por ser antiguos; son apreciables solo porque son buenos. Mas, ¿es esta cualidad de *buenos* única y propia de los antiguos, ó aneja á cierto número de años? Veis aquí un problema que nada tiene de dificultoso para los *críticos sensatos*, mas que es un garrote duro para los *críticos entusiastas* *. Á la verdad, es una injusticia que hacemos á la naturaleza y á nosotros mismos, empleando los ojos y las admiraciones solamente en las producciones intelectuales antiguas de las cuales no podemos juzgar seguramente, y cerrarlos á otras bellas producciones que la naturaleza ha puesto al rededor de nosotros. Vemos algunos de los poetas modernos que ordinariamente, en donde son excelentes, son originales, y que nada quedaron á deber á la imitacion de los antiguos. Otros por el contrario, en donde se ciñeron servilmente á la imitacion de los antiguos, unas veces cayeron en absurdos, y otras apenas llegaron á una mediocridad, lo que la poesía no sufre. ¿Qué bellezas no tiene nuestro Camoens, que Virgilio y Homero no desaprobaban? Y sin embargo, nuestro Camoens fue indignamente tratado de esos críticos, que conforme al pensamiento de un autor célebre, son como los astrónomos que cada dia inventan esferas imaginarias, costándoles poco criar ó aniquilar uno ó dos ó mas cielos de cristal.

LEY III.

Admirando las producciones literarias de los antiguos, distingamos lo que en ellos es universalmente bello, y lo que solo tiene belleza local.

Por cuanto solo la *belleza universal* es la belleza de la naturaleza imitable de todas las naciones, y en todos tiempos, y no es así la *belleza local*, que solo es admirable en un país, y despreciada en otro: á esta belleza local, y no á la universal, se reduce la *belleza necesaria*, que depende de los idiomas ó lenguas, y es bien sabido que las antiguas, muy diferentes de las que usan hoy los pueblos de Europa, eran con muchas ventajas mas favorables á la poesía, principalmente en lo tocante á lo armonioso. Tambien se llama accesoria en la poesía antigua aquella *belleza* que depende de la religion de aquellos pueblos y de sus costumbres, las cuales son, sin duda, no menos diferentes de las nuestras que lo son las nuestras de las de los americanos.

Esta ley no la conocieron, ó no la entendieron los *filólogos* de los siglos pasados, cuando preocupados de una admiracion supersticiosa imitaban indistintamente todo lo que era de Homero ó de Virgilio. Ni tampoco la han comprendido muchos críticos *convulsionarios* *, que desde el rincon de su estudio ó gabinete han tenido la osadía de criticar en Homero y Virgilio mil cosas que no eran sino unos bellos defectos para nosotros, siendo hermosuras reales respectivamente al tiempo y á la nacion de aquellos heróicos poetas.

LEY IV.

Ninguno de los modelos existentes, aun el mas perfecto, puede ser ejemplar absoluto para todos los poemas.

Porque en realidad de verdad la poesía ni está, ni puede estar totalmente comprendida bajo el estrechísimo círculo de ideas á que se han querido ceñir los artistas. La *Iliada* y la *Eneida* son un ojo muy pequeño para que por él pueda nuestra vista extenderse á todo el inmenso espacio de lo posible, en el *arte de agradar y de mover*. Solamente un alma vivamente penetrada de las bellezas, ayudada de una imaginacion fecundísima, bien activa y muy fogosa, elevada á la alta region de las ideas originales, es la que puede seguir con perseverancia esta grande carrera.

Á mas de esto, todas las producciones en que constantemente se

ha reconocido un mérito superior pueden servir de modelo: mas no es lo mismo tener un superior mérito, que ser un modelo consumadamente perfecto. De todos cuantos poemas se han escrito, cada uno en particular tendrá una ó muchas cualidades excelentes que lo distingán, pero no las tendrá todas. Ningun hombre se ha visto hasta aquí que sea enteramente perfecto; aun los mas insignes que se han conocido, en fin fueron hombres. Homero con ser Homero alguna vez dormitó, y muchos de sus imitadores mas severos no solo dormitaron, sino que llegaron hasta caer algunas veces en letargo. De lo que se concluye, que es crítica temeraria la que sentencia cualquier poema, solo por un modelo particular, por mas excelente que él sea. Consiguientemente la *Lusiada*, el *Telémaco*, el *Paraiso perdido*, el *Feliz independiente*, y otros semejantes poemas, no pueden ser reclamatione juzgados por la *Iliada* ú *Odisea* de Homero, ni por la *Eneida* de Virgilio; pues que cada una es obra de genio distinto, y obra de diversa naturaleza en el género épico, y de aquí se deduce la siguiente

LEY V.

Es errada, ó á lo menos peligrosa, toda crítica que se funda meramente en la comparacion de una obra con un modelo.

Supongamos que un poeta emprendia ahora otra nueva *Eneida* en competencia de la del poeta latino; y que apartándose de la idea y del plan que siguió este, formaba todo su poema, tejido como el cuarto libro de la *Eneida* latina, de suerte que todos los incidentes fuesen como en la *Eneida* dicha, nacidos unos de otros; y que todos así dispuestos produjesen y conservasen hasta el fin una admirable variedad de sentimientos y de imágenes, una mezcla de *épico* y *dramático**, una violenta alternativa de perturbacion y de sorpresa, de terror y de compasion. En este caso, si comparándose la *Eneida* moderna con la antigua, se encontrase tan notable diferencia, aun no faltaria alguno de estos críticos *minorum gentium*, que tendria la valentía de condenarla, ó cuando menos de aplaudirla friamente.

Mas por lo contrario, ¿cuál seria el crítico, que pesando las cosas en balanza justa, no conociese una gran superioridad al Virgilio nuevo sobre el Virgilio antiguo? ¿Quién puede prohibir á los ingenios presentes que continúen el arte de donde lo dejaron los antiguos artifices? ¿Qué mal hicieron entre los franceses Corneille y Racine, añadiendo en el teatro lo que faltó á *Sófocles* y á *Eurípides*? ¿Y por qué no será lícito otro tanto en el poema épico? Mas esto es lo que no

quieren conceder estos críticos semejantes á los agoreros romanos, de quien galante y agudamente dijo el poeta Pacuvio, que como entendian mas las cosas por las entrañas ajenas que por las suyas, era mejor escucharlos, que darles crédito¹.

LEY VI.

Para juzgar sanamente del mérito de un poema y de su belleza real, es preciso que el crítico sepa entender, y que tenga no solo una imaginacion viva, sino tambien un corazon sensible, acalorado por algunas chispas del mismo fuego que el espíritu ó talento del poeta comunicó á su obra.

Todos convienen que para decidir sobre la armonía ó disonancia de la música, no es bastante el solo conocimiento de la naturaleza de los sonidos, como le tiene un fisico, ó saber calcular exactamente como matemático la proporcion de los tonos. Tambien se sabe, que para este efecto es preciso tener buen oido, capaz de recibir las impresiones de los sonos, y una alma delicada para saberlos entender; y que sin esto todo lo demás es inútil. ¿Cuánto, pues, será mas precisa esta buena disposicion del alma á un recto crítico en poesía? ¿Cómo, pues, será posible que un hombre solamente con la luz de los preceptos de la poesía, con una imaginacion tímida, corazon frio y espíritu apocado se halle suficientemente hábil para tocar las delicadezas del gusto de un buen poema, y delicadezas casi imperceptibles á las almas vulgares? Por cierto que quien quisiese sujetar lo patético de un poema á sola la simple decision del juicio especulativo, seria lo mismo que hacer que el oido juzgase de los colores, y los ojos de las voces. Atendida esta máxima será dificultoso resolver el problema, ¿por qué causa se halla la república literaria tan inundada de malos críticos, como de malos escritores? ¡Ojalá que ella pudiese poner este freno á aquellos, así como puede tolerar estos menos perjudiciales á la verdad!

¹ Non istis, qui linguam avium intelligunt, plusque ex alieno jecore sapiunt, suo quam ex Magis audiendum, quam auscultandum censeo.